



Cazadores de tesoros

Texto Antonio Orti

El 'geocaching' es un juego que practican seis millones de personas y que consiste en hallar objetos que otros han escondido. Para dar con estos recipientes herméticos, hay que publicar previamente las coordenadas en internet, la pista para dar con ellos

Probablemente, a pocos metros del lugar donde se encuentra ahora mismo hay varios tesoros ocultos. Y no, no se trata de un eufemismo: escondidos en el tronco de un árbol, imantados debajo de un puente, camuflados en una boca de riego o tal vez en el hueco de una pared, hay una serie de recipientes de diferentes tamaños con un contenido llamativo. El problema es que usted, por desconocer lo anterior, está considerado un *muggle*, es decir, alguien que no está al corriente de lo que sucede y que, precisamente, por no estar en el ajo, todavía ignora que en el mundo hay en la actualidad aproximadamente cuatro millones y medio de tesoros cercanos pero no al alcance de la vista. Los hay en su ciudad, en el campo, en las montañas, en los ríos e incluso debajo del agua. Es más, ya casi no quedan lugares que no cobijen tesoros de nuevo cuño, se trate del desierto del Sahara, la Antártida, la selva de Borneo o la montaña de Montserrat.

Francesc Comellas es una de las seis millones de personas que se estima que se han aficionado en el mundo al *geocaching*, juego consistente en esconder un objeto, publicar las coordenadas en internet y esperar a que a otros lo busquen con ayuda de un GPS o móvil. Con una precisión: muchas veces lo importante no es contenido de la caja en sí, sino el sitio donde permanece oculta. La primera persona

que escondió un objeto en España, fue precisamente Francesc Comellas, catedrático de Matemática Aplicada en la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC). Comellas leyó el 1 de febrero del 2001 un artículo en inglés –que conserva– donde se informaba que había surgido un nuevo entretenimiento que combinaba aventura y tecnología llamado *geocaching*, término que este matemático se aplicó a traducir al catalán (*geoamatagall*). El caso es que Comellas, un apasionado de la montaña que ha coronado más de 20 cuatro miles, pensó que podía ser divertido importar este hobby *made in USA* y escondió una caja en la que introdujo objetos sin valor material –además de unos folios unidos con grapas para que los futuros cazadores de tesoros dejaran constancia del hallazgo– en una zona del macizo de Montserrat conocida como Les Agulles donde se concentran alargados monolitos de roca conglomerada como la Foradada, la Cadireta o la Portella. Esto fue, exactamente, el 18 de febrero del 2001.

Desde entonces hasta junio del 2014, un total de 204 personas han encontrado su botín. Entre quienes tuvieron éxito cabe mencionar a un sacerdote llamado Ignasi que se hizo una foto junto al *tesoro* con el brazo escayolado, unos pocos holandeses y franceses y muchos catalanes. En cambio, dos hermanos de Denver (EE.UU.) no hallaron el camino correcto. El

caso es que, pese a no dar con el escondrijo, esta zona de Montserrat les gustó tanto que uno de ellos le comentó al otro que, si algún día fallecía, le gustaría que esparcieran allí sus cenizas, deseo que su hermano cumplió seis años más tarde, en el 2008.

Historias parecidas a la anterior se han convertido en habituales desde comienzos del siglo XXI, según explica Gonzalo Arenas, un amante de los coches todoterreno que en el 2002 se compró uno de los primeros GPS que salieron al mercado –por entonces, la pantalla era en blanco y negro, sin cartografía–. “Los primeros objetos que se escondieron aquí –explica Arenas, que es cofundador de Geobuscadores Españoles Asociados– los trajeron extranjeros que visitaban España. Recuerdo que el primer recipiente que hallé fue en Guardamar (Alicante), muy cerca de un yacimiento arqueológico. Por entonces, la mayoría de los tesoros estaban en la Comunidad Valenciana, Catalunya, las Baleares y Canarias, por ser zonas turísticas. En aquella época, para encontrar un segundo tesoro a lo mejor tenías que recorrer más de cien kilómetros”, recuerda este madrileño de 43 años tras precisar que desde que se inició en el *geocaching* en el 2003 ha perdido la cuenta de los tesoros que ha localizado, “aunque deben ser más de mil”, estima.

Según relata el propio Arenas con la precisión de un

VOCABULARIO BÁSICO PARA JUGAR AL 'GEOCACHING'

'Caché' Se trata del recipiente que cobija el tesoro. Los hay de todos los tamaños, desde mínimos –cilindros del tamaño de un bolígrafo–, hasta recipientes vacíos de carretes fotográficos, fiambreras, cajas de munición del ejército...

'Travel bug' Literalmente, *bicho viajero*. Es una chapa con un número de identificación que se cuelga a un objeto del tesoro. Cuando alguien lo encuentra, debe notificarlo, especificando su número de serie, para que su propietario pueda seguirle el rastro, incluso a miles de kilómetros.

'Geocoin' Se trata de una moneda trotamundos (tematizada según el país: en Catalunya las hay de la Sagrada Familia, por ejemplo) que funciona como un *travel bug*

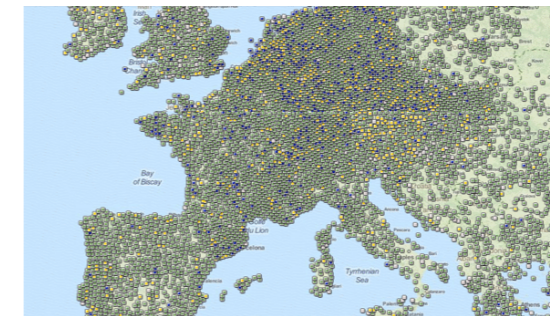
y que incorpora un código de rastreo único que permite su seguimiento.

'Muggle' Se trata del término empleado en los libros de Harry Potter para designar a aquellos seres humanos que son incapaces de utilizar la magia. En el *geocaching* un *muggle* es alguien que no está al corriente del juego.

EL LUGAR DEL TESORO SUELE SER MÁS INTERESANTE QUE EL REGALO EN SÍ

GPS, el 1 de mayo del 2000 Bill Clinton decidió eliminar la disponibilidad selectiva, que hacía que los GPS para uso civil no fueran precisos y tuvieran un margen de error de 100 metros por razones de seguridad nacional, y no como ahora, cuando en condiciones favorables únicamente se desvían entre tres y cuatro metros de su objetivo. Dos días más tarde, el 3 de mayo del 2000, un ingeniero llamado David Ulmer escondió un cofre del tesoro en Beaver Creek, un bosque a las afueras de Portland (Oregón, EE.UU.) y retó a los miembros de un foro de internet a encontrarlo. Al día siguiente, algunos ya habían dado con él. El divertimento gustó tanto a los norteamericanos que en pocas semanas se convirtió en viral y se supo de nuevos tesoros en California, Kansas e Illinois. Un mes después Australia contaba con su primer tesoro escondido, dando pie a un nuevo deporte mundial bautizado como *stash hunt* (o caza del alijo). Esto fue posible porque, cinco días más tarde de que David Ulmer escondiera el primer cofre, un amigo suyo, Mike Teague, anunció su propósito de crear una página web que agrupara a cualquier tesoro que se escondiera en el planeta. Sin embargo, con el tiempo, la plataforma dominante pasó a ser Geocaching, el sitio web del juego y el más importante de su clase.

Sumados los tesoros que publicitan las principales webs, ahora mismo podría haber en el mundo, ▶



A la izquierda, el parque nacional Daintree en Australia; arriba, una imagen de Barcelona



EL ÚLTIMO GRITO: ESCONDER DINERO REAL

El 28 de mayo del 2014 la BBC informó que un personaje anónimo había agitado la vida de cientos de norteamericanos al retarlos a través de una cuenta de Twitter a encontrar billetes de dólar ocultos bajo maceteros, ban-

cos y parquímetros siguiendo las pistas que proporcionaban unas fotografías. La noticia se abría con la imagen de un tal Forrest Hanson en bañador en Baker Beach, una playa al noroeste de San Francisco, junto a su novia y su perro,

con cinco billetes de 20 dólares en la mano. Según la BBC, el primer tuit apareció el 23 de mayo y en él se apreciaba la imagen de un huerto que contenía una pista para llegar hasta el botín. He aquí algunos otros indicios que aparecieron posteriormente: una marca trazada en un camino de tierra, el famoso puente colgante Golden Gate de San Francisco, el Palacio de Bellas Artes... En general, los tesoros tenían una cuantía de 100 dólares, razón por la que cinco días después del primer tuit, la cuenta *Hidden Cash* (dinero en efectivo oculto) de esta red social contaba ya con 120.000 seguidores, sobre todo después de que algunos de los afortunados se fotografiasen (como hacen en ocasiones los aficionados al *geocaching* tras localizar un tesoro) con los billetes de dólar en la mano y una sonrisa de oreja a oreja. La revista *People* dio en el blanco al apuntar que se trata bade un personaje que se ha enriquecido en el mercado inmobiliario y que quiere compartir su fortuna, pero no a la vieja usanza (donándola a una organización benéfica), sino promoviendo lo que denomina “un experimento social” que pretende expandir a otras ciudades. A posteriori se conoció su identidad, Jason Burzi.

SE CÁLCULA QUE HAY 4.5 MILLONES DE OBJETOS ESCONDIDOS EN EL MUNDO

IR A POR UN TESORO SIRVE PARA CONOCER UNA RUTA O UN PAISAJE

► según calcula Arenas, unos 4,5 millones de objetos escondidos, de los cuales alrededor de 20.000 estarían en España. Por lo que respecta a Catalunya, algunos de estos tesoros descansan en enclaves tan emblemáticos como la Fageda d'en Jordà, el parque de Collserola, el delta del Ebro, las Terres de Ponent, la cima del Puigmal y el Cap de Creus, pero también en las islas Formigues, pues algunos tesoros, los menos y más difíciles, implican disponer de una embarcación, bucear o practicar el alpinismo. En la práctica, ocultar un tesoro presupone apuntar las coordenadas geográficas y hacerlas públicas en internet, a la espera de que un jugador lo encuentre con ayuda de un GPS. En ocasiones, la cosa se complica y para llegar hasta el caché o tesoro hay que superar una especie de gincana que incluye pruebas de destreza como resolver un sudoku o completar un crucigrama. Cuando se da con la solución, se obtiene o bien las coordenadas del tesoro o bien una nueva pista que permite seguir avanzando, según lo dispuesto en un centenario juego llamado *letterboxing* que también se practicaba en otros países y que consistía en esconder en un radio de 15 metros, dentro de los límites que establecían las paredes de una casa o las vallas de un parque próximo, un objeto al que solo se podía llegar resolviendo seis o siete sencillos acertijos (la primera pista daba la clave para hallar la segunda y esta para la tercera, etcétera). Sin embargo, también hay tesoros hábilmente ocultos en lugares

tan concurridos como la Puerta del Sol madrileña o la plaza de Catalunya de Barcelona.

Volviendo a Gonzalo Arenas, es interesante saber cuál ha sido la evolución del juego en los 14 años transcurridos desde su aparición. De entrada, ha pasado a ser “una oportunidad –escribió Dave Caldwell en *The New York Times* en el 2010– para que papá y mamá hagan algo divertido con sus hijos antes de ser oficialmente declarados ‘pasados de moda’”. Asimismo, se ha convertido en una manera diferente de hacer turismo. “Cuando viajé a Inglaterra mi guía turística fue el *geocaching*”, confirma Arenas. A tal efecto, bastantes objetos son ocultados en lugares de interés paisajístico, histórico e incluso sentimental, como puede ser, por ejemplo el lugar donde mataron en la postguerra española a un maquis, cuyo hijo desea rendirle un homenaje póstumo.

Francesc Comellas menciona, por ejemplo, un tesoro que tiene como punto de partida la singularísima torre de Bellesguard que construyera Antoni Gaudí a los pies del Tibidabo y que exige contar las columnas del parque Güell para obtener las coordenadas, lo que acaba convirtiéndose en una auténtica ruta modernista que lleva a visitar varios edificios hasta dar con el tesoro. También en la Cerdanya sucede algo parecido con un tesoro que es una invitación velada para conocer unas cuantas iglesias románicas.

UN RETO PARA LOS LECTORES DE 'ES'

Francesc Comellas, la primera persona que escondió un tesoro en Catalunya, ha sido también la última en hacerlo. Este catedrático de Matemática Aplicada ha

ayudado a *La Vanguardia* a ocultar una caja con varios objetos. Para hallarla, hace falta un GPS y marcar estas coordenadas: N41o 24.413 E 002o 01.979. Una pista:

el tesoro está cerca de una ermita. Los interesados encontrarán más información en la web Geocaching, con buscando el geocach GC58XE0.

Por haber, hay incluso como revela Arenas “caches denuncia, como los que se hallan en algunas vías pecuarias de Madrid” para que la gente que los descubra se sensibilice de que muchos de estos antiguos caminos de trashumancia por donde circulaba el ganado corren riesgo de desaparecer. En cambio, los objetos que se esconden en enclaves sin interés, como en medio de un aparcamiento, por poner un caso, son considerados por los jugadores más experimentados como “cachés basura”.

Pero si el *geocaching* es un juego ideal para practicar actividad física moderada en compañía de la familia o para tener un aliciente extra para visitar lugares que rara vez aparecen en las guías turísticas, también puede ser un válvula de escape. Noemí Llorente, por ejemplo, es una técnica en electrónica que se pasa el día sentada delante del ordenador y a la que le falta tiempo cuando tiene un rato libre para escaparse a la montaña en compañía de su marido. Hace ya algún tiempo ambos se enteraron por boca de unos amigos de esta disciplina y comenzaron a completarlo con el senderismo y la bicicleta, sus otras dos aficiones. “Recuerdo que el primer tesoro que localicé estaba en el cerro de los Ángeles (a unos 10 km al sur de Madrid), en un antiguo bunker militar. Me sentí como una pirata que busca la ruta del tesoro”, reconoce Llorente. “Para el primer objeto que escondí elegí la laguna de San Juan y, en concreto, un

cerro desde donde hay muy buena vista. Recuerdo que puse la caja en una cavidad del terreno y que la tapé con piedras”, rememora. Cuando se le pregunta a Llorente qué es lo más importante: encontrar o esconder la caja, lo que hay dentro de ella o lo que la rodea, responde sin titubear: “Lo que la rodea”.

Senén Delgado es un técnico de sistemas informáticos que tiene dos bicicletas de montaña con las que lleva recorridos 72.000 kilómetros. Además, es aficionado a las maratones e incluso ha participado en alguna *ultra trail* a sus casi 60 años. Con el *geocaching* se estrenó en el 2009 en los alrededores de Rubí, donde reside, para probar luego en Valldoreix, Mirasol y acabar desafiándose con los Caminos Oscuros, nombre que reciben unas rutas nocturnas de *geocaching* cuyo recorrido se señaliza con balizas reflectantes. “Cuando voy a correr, aprovecho –explica– y hago dos o tres cachés. Y lo mismo con la bici: en una ruta puedo llegar a descubrir 5 o 6 tesoros”.

En total, lleva localizados 1.339 (a principios de junio del 2014) “y casi ninguno en coche”, precisa. “Recuerdo que una vez fui a buscar un caché por la sierra de Collserola y encontré una llave junto a una serie de datos. Tras seguir varias pistas, llegué a un mojón kilométrico donde había escondida una caja de caudales, que se podía abrir con la llave. Lo había puesto una persona de Terrassa muy ingeniosa, que

firma como Asanzasa, pero lo expoliaron”, lamenta. “El caché más grande que he hallado fue un barril de petróleo camuflado en medio del bosque. Dentro había un balón y un muñeco de esos que al cogerlos hacen un ruido raro. ¡El susto que me pegué fue de muerte”, exclama.

Acabaremos con una curiosidad: *ES* quiso probar en carne propia lo que se sentía buscando un tesoro. Para tal fin, le pedimos al profesor Francesc Comellas que indagara si había algún tesoro próximo al lugar donde nos encontramos, el campus norte de la Universidad de Barcelona. ¡Vaya si los había! En compañía de Comellas, *ES* avanzó siguiendo el rumbo que marcaba el GPS hasta la plaza de las Constel·lacions, situada a unos doscientos metros de distancia del despacho de este matemático. Y, en efecto, allí estaba el objeto, aunque en un primer momento lo pasáramos por alto.

El tesoro en cuestión había sido ocultado por Senén Delgado, al que luego invitamos a participar en este reportaje. “Decidí esconder este caché en la plaza de las Constel·lacions en vista de que muchas personas desconocen que la posición de los árboles que hay en esta plaza guarda correspondencia con varias constelaciones. Así, los olivos representan la constelación de Orion; el naranjo, Canis Minor, y los nísperos, Orion Art”, desveló a posteriori Delgado. ■